

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 3 de 1873.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA»
I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO II.

PEQUEÑECES LITERARIAS.

I.

Como consecuencia del plan adoptado por el señor Amunátegui en *Los Precursores de la Independencia de Chile*, señalé el deseo de empuñecer a los hombres que no son de su devoción i puse de ejemplo la manera como trata al ilustre obispo de Santiago, don frai Gaspar de Villarroel.

Lo acusé de haber ido a buscar en los escritos del prelado unicamente aquellas cosas que los siglos hacen aparecer ridiculas i a notar en su carácter las pequeñeces de que nadie está libre i por las cuales es una injusticia juzgar a un hombre.

El señor Amunátegui, equivocando otra vez el sentido de mis palabras, supone que yo creo oportuno i aun indispensable el que hubiera publicado en su obra «viniera o nó al caso, una biografía de aquel esclarecido teólogo, i una disertación sobre los diversos i voluminosos escritos que dió a luz.»

¿Necesitaré decir que es una suposición enteramente gratuita la del señor Amunátegui cuando me atribuye tan absurda pretension?

Me habria bastado ver siquiera al autor de *Los Precursores* tratar en su obra al señor Villarroel como lo trata en los artículos que está escribiendo. Diga lo que quiera el señor Amunátegui, las observaciones que tuve el honor de hacerle en la introducción de *Los Oríjenes de la Iglesia chilena*, han logrado modificar, si no su opinión, al ménos su modo de espresarse acerca de uno de nuestros mas distinguidos obispos. El lector notará este cambio (tan honroso para el señor Amunátegui i que lo fuera mas si él lo confesara con franqueza) a medida que raya haciéndose cargo de las acusaciones que me dirige a este propósito.

En la página 23 de la introducción de *Los Oríjenes de la Iglesia chilena*, dije:

«Do quiera se descubre en el autor el deseo de empuñecer a los hombres i las cosas que no son de su devoción. El señor Villarroel, por ejemplo, fué sin duda un grande obispo, recomendable i universalmente recomendado por su ciencia, su virtud, su vida laboriosa i sus sabios escritos. Esto no quiere decir que el ilustre obispo sea para nosotros un hombre perfecto i, si llegamos en nuestros estudios hasta su tiempo, tendremos oportunidad de mostrar mas de una debilidad de su carácter excesivamente conciliador; pero, al juzgarlo, procederemos seriamente i con el respeto que tiene derecho a exigir de la posteridad.

«No obra así el señor Amunátegui. Para hablarlo a conocer cita unicamente la complacencia con que refiere el obispo las alabanzas que de él hiciera en cierta ocasion el célebre doctor Solórzano i copia en seguida las alabanzas que el mismo señor Villarroel prodiga al doctor. ¡Pequeñeces características de la época! exclama el señor Amunátegui, cual si ignorara que estas pequeñeces son propias de los literatos de todas las épocas. ¿Qué dirian nuestros escritores si alguien se encargara de precejer las alabanzas que casi todos ellos han prodigado i prodigan a los amigos que, en cambio, no pierden oportunidad de ensalzarlos?»

«I es esta la única noticia que saca el lector del carácter del señor Villarroel i de los trabajos evangélicos que llenaron su vida.

«Pero el señor Amunátegui habla tambien de sus escritos.

«¿Qué dice de ellos?»

«Cuenta las páginas i las columnas que el obispo ocupa en tratar de las guedejas i de la grasa! En verdad, no parece que fuera un escritor serio ni un historiador quien da tales muestras de lijereza i parcialidad. En volúmenes llenos de ciencia i erudicion va a buscar, para dar a conocer al autor, no las innegables bellezas, el profundo saber que a cada paso distinguen al literato, al teólogo, al lejis-

aun no se ha introducido del todo en nuestro Chile la fatal corrupción; los ánimos aun luchan fuertemente contra ella, empero el hombre es débil, la sociedad lo es tambien, i a la gangrena del individuo sucede pronto la de toda ella. Mas, yo auguro un terrible porvenir, cual si en nuestra patria no se encontraran fuertes elementos para combatir el error; callan por desgracia aquellos que debieran alzar su voz para sofocar el mal en su jérmén; callan, porque temen los calificativos con que pueden injuriarlos los degradados satélites del vicio. Nó; que jamas la timidez nos impida lanzar terribles maldiciones contra el error, no temamos el «qué dirán» de los malos porque satisfaremos a Dios i a nuestra conciencia, haciendo feliz a nuestra patria, i dándole por consiguiente la verdadera civilización.

Santiago, agosto 10 de 1871.

EDUARDO OSSA.

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

I.

«Dos cosas me han llamado especialmente la atención, nos decia no ha mucho un ilustre extranjero recién llegado a Santiago, la riqueza e ilustración de la clase mas elevada de este país, i la ignorancia i la miseria de las clases mas bajas. Son como dos pueblos superpuestos que recíprocamente se ignoran. A mi humilde i todavía (puesto que acabo de llegar) aventurado juicio, la grande obra señalada por Dios a la actividad de la jeneración rica e ilustrada que crece es colmar el foso que separa a los dos pueblos que aqui viven en roce continuo, pero sin conocerse.»

La observación del viajero aludido nos pareció exacta, i hoy la hemos recordado naturalmente al escribir los dos nombres que van a la cabeza de este artículo. En efecto ¿habrá acaso alguno de nuestros lectores que no se haya preguntado ya a sí mismo: ¿quienes son Bernardino Gallardo i Juan Morales? ¿I qué poetas serán estos cuyos nombres no hemos visto figurar nunca entre los colaboradores de las revistas literarias, cuyas poesías no han sido hasta la fecha dadas a la estampa ni recopiladas en ningún libro? Sin embargo, esos dos nombres, como luego hemos de verlo, son los de dos poetas chilenos i santiaguinos, muy fecundos i extraordinariamente leídos i aplaudidos.

El uno i el otro han encontrado en su público recursos bastantes para costear la impresión de sus versos, i Gallardo, el mas antiguo i popular de entrambos, ha visto agotarse en no mucho tiempo diez ediciones de algunas de sus coplas i puede con razon decir al mas empingorotado de nuestros vates: ¡Soy en Chile el único poeta que vive de sus versos!

I ello se comprende, porque Gallardo es para la inmensa mayoría de la población de Santiago el fabricante i espendedor de un artículo que en la capital de Chile como en todas partes es de primera necesidad. En efecto, tan equivocado andaría quien se imaginase que el vulgo es insensible a las armonías de la rima i que los rudos trabajadores no experimentan la necesidad de retener en la memoria algunas estrofas con que aliviarse de las fatigas del trabajo, como el que sostuviere que, por cuanto los peones no se visten de paño i sus mujeres no se engalanan con encajes i piedras preciosas, aquellos no necesitan de vestidos i éstas no sienten el deseo de parecer hermosas. El hombre, cualquiera que sea el lote que le haya cabido en suerte en este mundo, es siempre el mismo; i si la educación, las costumbres i el medio en que se vive pueden corromper o purificar los sentimientos, ennoblecen o degradar los caracteres, ilustrar o deprimir las inteligencias, ni la educación, ni las costumbres ni el medio en que se vive son bastante poderosos para extinguir en el alma sus aspiraciones innatas ni sus naturales instintos. De ahí es que, así como ha podido decirse con fundamento que la idea de Dios es comun a todos los pueblos de la tierra, puede afirmarse con verdad que en todos los pueblos de la tierra se ha dibujado, se ha esculpido, se ha bailado i cantado. Eso dice la historia i eso nos dicen todavía los últimos descubrimientos que ha hecho la paleontología humana. El hombre de la edad de piedra, dibujaba ya en las hojas de sus hachas los combates que sostenia con los osos de las cavernas, e imitaba en los mangos de sus puñales de marfil la cabeza de un mammoth o de un reno.

No es de admirar por lo tanto que en todas las épocas i pueblos haya existido una poesía popular; a veces conjuntamente con la culta, si bien distinta de ella, i a veces tambien sola, cuando por cualquier causa la primera ha llegado a estinguirse. La poesía culta, fruto i necesidad de los pueblos o clases que han llegado a cierto grado de civilización, se desenvuelve, decae o perece conjuntamente con ésta. La poesía popular, fruto i necesidad del hombre en todas las condiciones de su existencia, no podría desaparecer de la tierra sino con el hombre mismo. Existe en todas partes, con abundancia portentosa, i si en ocasiones la echamos de ménos i se nos imagina que calla, es porque no hai nadie que se tome el trabajo de observar con cuidado el terreno que pisa i

de poner el oído para sorprender sus gratos, aunque humildes i toscos acordés.

II.

Bernardino Gallardo es en la actualidad el mas aplaudido representante de la poesia popular en nuestro pais. Si quereis divisarlo, id cualquiera mañana de Dios a la plaza de abastos (pues suponemos que en su calidad de discípulo de Apolo, apesar de su poncho, tenga todavía franca entrada a ella) i buscadlo atentamente, que lo encontrareis entre las verduleras que venden i las fregonas que compran, ya sentado en nutrida plática con las chocolateras, ya en continuo movimiento desde los baratillos de afuera a la puerta, i desde la puerta a las callejuelas interiores de aquella animadísima feria. Alto de cuerpo, enjuto de carnes, tuerto de un ojo i del otro no mui bueno, Gallardo debe tener allá como unos cincuenta i cinco años de edad. Como el albañil-enjerto en sastré de Quevedo, que marchaba siempre con su casa a cuestas, Gallardo marcha siempre con la coleccion de sus obras debajo del brazo.

A diferencia de los demas vendedores ambulantes, nuestro poeta no pregona sus mercaderías; reserva que guarda, talvez por el decoro de las musas, talvez porque estima que la misma popularidad de que goza haria inútiles los pregones i encarecimientos de costumbre. Lo cierto del caso es que Gallardo es invitado a cada instante a detenerse, a desabrochar el cuero mugriento i sobado por el continuo frote en que lleva forradas sus coplas, i a ofrecer al comprador las que desee, a razon de dos centavos cada una. Se nos asegura que la venta que hace nuestro vate de sus poesías fluctúa entre 60 centavos i un peso diario; modesta suma con que el pobre atiende al propio sustento i al de su familia.

Pero ¿en qué consisten las producciones de este singular romancero?—Materialmente consisten por regla jeneral en una cuarteta de versos de a ocho sílabas, ya asonantados, ya aconsonantados, picarescos o sentenciosos. Vienen en pos cuatro décimas, cada una de las cuales termina ordenadamente por uno de los versos de la cuarteta, i concluye todo por una quinta décima en que el autor se esfuerza por resumir las ideas de la pieza, i a veces tambien por dar algo que podria llamarse la moral del cuento. Tales son las composiciones que Gallardo hace imprimir en tiras de papel de diversos colores i que espnde por sí mismo a dos centavos cada una.

En cuanto al fondo, son de una variedad que resiste a toda tentativa de clasificacion. Las hai a lo divino i a lo humano, es decir relijiosas i profanas, históricas i científicas, po-

líticas i de costumbres, morales, filosóficas, satíricas, etc.

Por punto jeneral i como fácilmente lo sospechará el lector, las décimas de Gallardo carecen de correccion, de gracia, de poesia i de verdad, i no pocas hasta de sentido. Sus chistes son las mas de las veces groseros i de vez en cuando indecentes. Sus lecciones de jeografía i astronomía hacen reir, i sus sermones no son siempre de la moral mas pura.

Pero apesar de todo i puesto que las décimas de nuestro burdo poeta tienen demanda en el mercado, es preciso que tengan algun mérito. ¡I vaya que lo tienen para los compradores! Desde luego Gallardo les habla en su propio idioma; en esa jerga, mitad quichua i mitad castellano de cocina, que hablan nuestros peones i en jeneral nuestras clases ignorantes. En seguida el fondo mismo de las piezas—religion, moral, costumbres, sentimiento—es un fondo que puede tocar la mas vulgar intelijencia, que es perfectamente conocido del público a quien se ofrece por enseñanza o entretenimiento. I por último, si no siempre, mui a menudo Gallardo, guiado por su instinto, elije por temas de sus versos asuntos propios para excitar la curiosidad de sus lectores, ofreciéndoles cuadros toscos, pero tomados al natural, de las condiciones i circunstancias de su vida.

Son, pues, las composiciones que llamaremos de costumbres las que tienen mayor mérito intrínseco, i cosa notable, son esas tambien las que han obtenido mayor voga. Así, por ejemplo, uno de los romances de Gallardo que cuenta mayor número de ediciones (ocho por lo ménos), es el que lleva por título *Celos de la Lora al Loro*. Tambien es de los mejores de la coleccion que tenemos en nuestro poder, compuesta de mas de ochenta i tantas piezas. Dice como sigue:

Le dijo la lora al loro:

—*Lorito, dame la pata.*

El lorito le decia:

—*No te la doi, lora ingrata.*

—*Loro viejo, desplumado,*

Por no asistir a tu casa

Verás, pues, lo que te pasa

El día ménos pensado.

Tú remueles sin cuidado,

I yo con tus hijos lloro

De necesidad, e imploro

Sola el auxilio del cielo.

Mira si es justo mi celo,

Le dijo la lora al loro.

Ya no te acuerdas que tienes

Hijos a quien mantener;

Donde tu pobre mujer

Una vez al año vienes.

¿Hasta cuándo te entretienes

Con esa ramera fiata?

Lo que te vea sin plata
Tratará de despedirte,
I hoi te engaña con decirte:
Lorito, dame la pata.

—Quítate de mi presencia,
Contestó el loro con prosa:
Deja lora fastidiosa,
De fregarme la paciencia.
Ya vez que la subsistencia
Te la doi día por día
Aunque en una serranía
Esté, de allá vengo a verte:
Es prueba que sé quererte,
El lorito le decía.

—Ojalá nunca te viera
En mi casa, loro indino,
Deseo que en el camino
Un cazador te saliera,
I mil pedazos te hiciera,
A vos con esa mulata:
Vete con ella, pirata,
I dame a mí una mesada,
—Por justicia ni por nada,
No te la doi, lora ingrata.

Al fin se hubo de ausentar
El loro, i la lora fué
A demandarlo por que
Dejase de tunantear.
El juez lo mandó llamar
I le raspó bien el cacho
—Esto te pasa por lacho.
Salió diciendo la lora,
¡Yo veré si vas ahora
A odiarme, loro borracho!

Aun a riesgo de que nuestro aserto vaya a provocar la risa de mas de un lector, declaramos que la anterior composicion es de un notable mérito. Ella es el cuadro profundamente verdadero de la vida doméstica que hace la inmensa mayoría de las familias de nuestro pobre pueblo. Quien se dé el trabajo de penetrar en los cuartos de los conventillos i en los ranchos, encontrará de diez veces nueve en accion la escena que Gallardo nos describe en las décimas que quedan copiadas.—El marido que *remuele sin cuidado, sin asistir a su casa*, mientras la pobre mujer *llora de necesidad con sus hijos*: los celos que ésta le da de la *ñata* de enfrente o del lado, con quien el mal esposo i padre desnaturalizado *se entretiene*, malgastando el dinero ganado en la semana: la desenfadada i *prosada* respuesta del tunante que no tolera le *frieguen la paciencia* por cosillas tan insignificantes: la disputa sobre la mesada que ella pide i que él niega: la demanda *enta* el inspector para que el hombre deje de *tunantear*: la consiguiente *raspada de cacho* que *echa* al calavera el juez representante de la moral pública, i hasta la burla que, al salir a la calle, hace la guapa mujer al perdido *lacho*.

Todo eso lo hemos visto i oído, porque esa es la vida cotidiana de millares i de centenares de millares de familias.

Si pasamos ahora del fondo a la forma, tendremos que reconocer que la naturalidad de ésta es solo comparable con la verdad de aquél. En efecto, las décimas de *Los celos de la lora al loro* están escritas en ese lenguaje, bárbaro muchas veces, pero por lo jeneral expresivo de nuestro bajo pueblo. Casi no hai un verso que no contenga algun chilenuismo de palabra o de frase.

Lo único que falta al romance que analizamos, es la intencion moral. El poeta se limita a desempeñar el papel de narrador. Presenta a nuestra atencion la suerte infeliz de una mujer (casi diriamos de la mujer) del pueblo, sobre cuyos hombros el marido ha echado la doble cruz de la infidelidad i el abandono; pero no tiene ni una palabra de consuelo para la víctima, ni una de censura para el tunante.

III.

Esa intencion moral no se echa de ménos, sinembargo, en todos los romances de Gallardo: i mas de uno tenemos a la vista que habrá hecho, sin duda ninguna, a la jente ignorante mas bien que el que hayan podido hacerle los mas elocuentes artículos de diario o de periódico.

Nuestros lectores no habrán echado en olvido las alarmas que despertó en la sociedad el movimiento de emigracion hácia el Perú, estimulado por los agentes de Mr. Meiggs, poco despues de haber contratado este caballero el ferrocarril de Mollendo a Arequipa. Frescos han de estar tambien en su memoria los esfuerzos hechos por la autoridad civil i la eclesiástica, i por todos los órganos de la prensa para poner atajo a la fatal corriente, ilustrando a los emigrantes sobre la suerte que les aguardaba en el término de sus aventuras.

Pues bien, en aquella emergencia Bernardino Gallardo se unió a las autoridades i a los diaristas para traer a sus hermanos de la idea de abandonar el suelo de la patria; i no es aventurado suponer que muchos prestasen oído a las patrióticas advertencias que les dirijió en dos romances, titulado el uno *Los enganchedos*, i el otro *Los pobres chilenos en el Perú*.

El primero nos inicia en el procedimiento, bien poco humano por cierto, que los agentes del señor Meiggs empleaban para reclutar a los emigrantes, i es una confirmacion esplicita de los rumores que entónces circularon i a los cuales no quisimos dar crédito. Véanse sus primeras estrofas:

¡Voi al enganche i me engancho!
Iba un pilito diciendo:
En siete pesos me vendo,
No he de valer mas que un chanchito.

Este era un ocioso vago,
Que a nadie le trabajaba:
Pascándose se llevaba
Por las calles de Santiago.
A fin de hacer un estrago
Quería incendiar un rancho:
Se curó, e hizo pecho ancho,
I sobre picado dijo:
«Ahora mismo de fijo
Voi al enganche i me engancho.»

Se enganchó i todo talló,
No dejó una sola chaucha;
Le aguaitó un pillo una laucha
I la banca le copó.
Al depósito pasó
Donde se llevó durmiendo:
Despertó como sintiendo
Que le estaban dando huasca.
¡Maldita sea la rasca!
Iba un pillo diciendo.

Despues otro compañero
Fué a tallar con valentía,
A ver si ganar podia
I rescatar al primero.
Perdió tambien su dinero
I se quedó maldiciendo;
Un rengó llegó pidiendo
La plata con mucho arrojó
I dijo: yo, por ser cojo,
En siete pesos me vendo.

El segundo es una pintura de los trabajos i miserias que aguardaban en el extranjero a los enganchados, pintura hecha con el bien trasparente propósito de disuadir a los peones de la idea de abandonar su tierra natal.

Calcule el lector, recorriendo por sí mismo las décimas de este romance, el efecto que debieron causar en los *pillos* a quienes iban di-rigidas:

*Los chilenos enganchados
Que se lleva el extranjero
Con el rigor mas severo
Van a ser sacrificados.*

Aquí los enganchadores
Les ofrecen buen salario,
I allá todo es al contrario
Para los trabajadores.
Sufren las plagas mayores
Aquellos desventurados,
Muchos de esos desgraciados
A su país no volverán;
I muí gustosos se van
Los chilenos enganchados.

El interes de adquirir
Con su trabajo fortuna,
Los lleva sin duda alguna
A padecer i morir.
Allí sin poder salir
Trabajan un año entero:

Hablando lo verdadero,
Para Chile son atrasos
La falta de tantos brazos
Que se lleva el extranjero.

Para Costa-Rica jente
Mister Meiggs va a llevar.
De lo que van a pasar
Algo les haré presente:
El cólera comunemente
No cesa de enero a enero,
Otros por el injeniero
Mueren en una prision
En dura persecucion
Con el rigor mas severo.

Vómito negro i terciana
Esa es otra pestilencia,
Que acaba con la existencia
De toda criatura humana;
En la travesía insana
Algunos quedan botados,
Sin alientos, estenuados,
Moribundos nada ménos.
De este modo los chilenos
Van a ser sacrificados.

¡Ea! chileno engañado,
Si quieres ir al Perú
Mira bien la esclavitú
A que vas esclavizado;
Por lo que otros han pasado
Podia escribirse un libro.
Dí, si como ellos emigro,
Muerdo en estado fatal
I aquí en mi patria natal
No hai semejante peligro.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

LA GRACIA DE DIOS.

(A LOS NIÑOS.)

Quando elevais hasta el cielo
Las inocentes miradas,
I en la estrella que fulgura
Vuestro candor se retrata,
Esa apacible sonrisa
Que por vuestros labios vaga
Es la sonrisa del ánjel
Que os trae la gloria en su alas.

I es que a vuestro pensamiento
Ningun delirio lo arrastra
Ni a vuestra para conciencia
El remordimiento asalta;
Ni os inquietan los recuerdos
Ni os desvelan esperanzas.

Con sus misterios, apénas
Llega la noche callada,
Quando las aves se duermen,

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 10 de 1873.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA»

I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO III.

I.

Asegura el señor Amunátegui que en *Los Orienes de la Iglesia chilena* me siento impulsado «a encomiar casi sin limitacion todo lo que se refiere a los eclesiásticos», i añade:

«Esto me parece mui natural i yo no se lo crítico.

«Tanto sus convicciones relijiosas, como el espíritu de cuerpo, debian necesariamente imprimir a su pluma una direccion semeiante.

«Habría sido realmente raro que un sacerdote hubiera escrito en diverso sentido una historia de la Iglesia a que pertenece.»

En estas palabras el autor de *Los Precursores* sienta un hecho i espone una teoría. Creo que el hecho es falso; i es sin duda falsa la teoría.

El señor Amunátegui no ha estudiado mi obra con ánimo desapasionado. La duda que, dice, hizo nacer en él la lectura de la *introduccion* se cambió, a no dudarlo, sea sin que él lo notara, en verdadera prevención. Libre de prevenções, él habría visto en *Los Orienes de la Iglesia chilena*, lo contrario de lo que afirma. No solamente no callo ninguno de los reproches que los diversos cronistas e historiadores han dirijido a los eclesiásticos de la época que he estudiado, sino que la mayor parte de los cargos que contra muchos formulo son completamente nuevos, constan únicamente de los documentos que he tenido a mi disposicion i permanecerian aun ignorados si no los hubiera publicado el autor de *Los Orienes de la Iglesia chilena*, a quien el señor Amunátegui acusa de «encomiar casi sin limitacion todo lo que se refiere a los eclesiásticos.»

Ni podía yo seguir otro camino que el que he tomado.

Crea el señor Amunátegui mui natural i no juzgue digno de cen-ura el que un escritor se deje llevar del espíritu de cuerpo i de sus convicciones hasta constituirse panajirista dejando de ser historiador, que yo tengo a honra el pensar i continuaré pensando de mui distinta manera.

Es cierto que al estudiar la historia eclesiástica de mi patria no he ido a caza de defectos i pequeñeces para juzgar solo por ellos a los hombres; es cierto que jamas acojeria una acusacion que creyera infundada para darla como cierta i manchar una buena reputacion merecida; es cierto que nunca me creeria autorizado para publicar un extravio oculto que perteneciera a la vida privada i cuyo conocimiento nada importara para el esclarecimiento de la historia. Pero no es ménos cierto que esas reglas no miran únicamente a los eclesiásticos sino a todos los hombres; que por ellas he procurado rejirme siempre que he debido juzgar una época, un acontecimiento o a un personaje, sin fijarme absolutamente en el carácter que investian ni en el traje que llevaban los que entónces figuraron.

Los personajes cuyos grandes méritos i servicios me he empeñado en mostrar no han sido siempre eclesiásticos, a pesar de que estos eran el objeto primordial de mis estudios. Así, para no citar mas que un ejemplo, pocas veces he alabado con ménos reservas que cuando intento dar a conocer la hermosa página que tiene derecho a llenar en la historia de Chile el nombre glorioso del mariscal Martin Ruiz de Gamboa. Casi olvidado por nuestros historiadores, relegado por los cronistas a un lugar de segundo o tercer orden, el mariscal Gamboa merece figurar como uno de los primeros entre los primeros; es quizá entre los militares la gloria mas pura de la colonia en el siglo XVI.

Utilizando numerosos e importantes documentos inéditos, me he empeñado en reparar cuanto me fuera posible la ingratitud siquiera sea involuntaria de tres siglos; i, aunque estoi mui lejos de creer que he hecho una completa biografía del personaje, (lo cual hubiera sido

obispo de la Imperial fuese un mal sacerdote, ni mucho ménos un hombre depravado.

«Ha escrito aun todo lo contrario.

«Léase lo que dice en el capítulo 41, página 500.

—«El gobierno del señor Lizarraga no fué lo que debía esperarse de su desgraciada conducta en el Perú. Pobre, reducido a vivir en una celda que lo ofrecieron los frailes franciscanos, dió constantemente a sus súbditos el ejemplo de las virtudes cristianas.

«Podemos probar las virtudes i el celo del prelado con las cartas de los dos gobernadores, que, durante los pocos años de la permanencia de don frai Reginaldo entre nosotros, se sucedieron en el mando de la colonia. I, pues hemos sido severos al condenar las faltas del prelado, nos parece de estricta justicia dejar la palabra a estos testigos imparciales que vienen a deponer en su favor.»—

Yo habia dicho: «Casi podríamos asegurarlo, no solo es un mal sacerdote (el rebelde que se vale del poder civil para oprimir a su obispo) sino tambien un hombre depravado.»

Estamos en el mismo caso del ordinariamente de la primera frase. Como entónces, ahora no siento una proposicion absoluta, no digo que es imposible lo contrario; afirmo que *casi* se puede asegurar que no sucederá, es decir, que es muy difícil que suceda.

Pues bien, mi juicio acerca del señor Lizarraga está en perfecta armonía con esas expresiones.

«El gobierno del señor Lizarraga no fué lo que debía esperarse de su desgraciada conducta en el Perú.» ¿I por qué no debía esperarse que diera ejemplo de virtudes cristianas? Porque *casi* se habria podido asegurar que era un mal sacerdote i un hombre depravado el que, olvidando sus mas sagrados deberes, habia pretendido, por fines particulares, oprimir a la Iglesia i habia ocurrido a la autoridad civil para coartar la jurisdiccion eclesiástica. A Dios gracias i contra toda prevision, el obispo, vuelto pronto a mejor camino, dió en su diócesis el ejemplo de las virtudes cristianas.

¿Dónde está mi contradiccion?

El autor de *Los Precursores* agrega:

«El señor presbítero Errázuriz, sin percibirlo se ha encargado de refutar con un ejemplo práctico decisivo la proposicion que habia sentada.»

En vista de mis observaciones, espero de la lealtad del señor Amunátegui que pondrá la siguiente

ERRATA.

En el tomo III de *Sud América*, página 204, línea 32, donde dice *refutar* debe leerse *comprobar*.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MOBALES.

(Continuacion.)

No se crea, sin embargo, que para dar tan prudentes i bien intencionados consejos a su público, Gallardo haya necesitado del estímulo de hechos como la emigracion a las faenas de los ferrocarriles peruanos; que son muchos los romances suyos de un carácter exclusivamente moral, compuestos para poner de relieve las ventajas de la virtud i la fealdad i funestas consecuencias de los vicios mas dominantes entre los pobres.

Así, el que comienza:

«Atiendan, señores maestros,
Los que tuvieren oficio,
Por que a robar no mas tiran
I del alma no hacen juicio.»

es una invectiva en forma contra las trapazas, enredos i mentiras de los artesanos. Carpinteros, sastres, zapateros, herreros, albañiles, talabarteros, tapiceros, mercachifles, «que conocen desde léjos a los inocentes,» dependientes, «que pueden al mismo diablo sacarle muelas i dientes,» los que en licores jiran i «mas en agua que en licor, todas jentes sin pudor, porque a robar no mas tiran,» el cigarrero engordado i vestido de capa por su lucrativa industria «que con vástago de papa hace cundir el tabaco,» i hasta los receptores i abogados que pasan muy bien la vida «haciendo a otros desgraciados i quitándoles lo propio,» todos, según Gallardo,

«De Satanás al servicio
Faltan a su obligacion
I bailando al mismo son
De sus almas no hacen juicio.»

Otras veces nuestro romancero, abandonando la sátira, procura alejar a sus lectores de los vicios, poniéndoles ante los ojos las miserias de sus victimas.

¿Se trata, por ejemplo, del juego? Gallardo empieza con esta cuarteta:

«No hai pluma con que escribir
La vida del jugador,
El mas agudo escritor
No lo sabrá referir.»

Despues, en las cuatro décimas destinadas a desarrollar el pensamiento que aquella contiene, refiere la inquietud continua en que el jugador vive, lo que hace sufrir a su familia, el riesgo inminente que corre de quedarse en la calle i hasta el mucho mas sério, si bien mas

lejano, de ir a la penitenciaría o de ser fusilado; i termina en la quinta décima exhortando a sus oyentes a apartarse de tan funesto vicio en la siguiente manera:

«Al fin hago ver, señores,
Las pésimas consecuencias
I las torpes ocurrencias
Que hai entre los jugadores.
Temé el juego i sus ardores
En vista de este ejemplar:
Toda tertulia de azar
A mas la prohíbe el código
Porque como el hijo pródigo
Algunos suelen quedar.»

Son numerosísimos los romances de Gallardo, que podríamos llamar de costumbres, morales i satíricos. En la imposibilidad de copiarlos i en el deseo de ir presentando muestras de todos los géneros, nos bastará para dejar el que estamos considerando, transcribir las cuartetas que sirven de tema a algunos de aquellos a que aun no hemos hecho referencia.

Entre los de costumbres el que empieza,

«Es confusion verse un pobre
Sin plata ni que vender,
Tener la madre a la muerte
I de parto a su mujer,»

es una pintura intencionalmente exajerada de las angustias i apuros en que vive el pobre. Tambien en éste como en el anterior el poeta termina dirijiendo una exhortacion a los lectores, para que busquen en el amparo de la Providencia remedio contra los golpes de la fortuna, como a continuacion va copiado:

«Señores, sin duda alguna
El que mas poder ejerce
Aun no está libre de verse
Burlado de la fortuna.
En esta vida importuna
Todo es sombra o apariencia:
Imploremos la clemencia
Del Dios de suma bondad,
Que nos mire con piedad
Por su augusta Providencia.»

El titulado *El rodante*, que a diferencia de los demas, consta solo de cinco décimas, careciendo de la primera cuarteta a que éstas sirven en los otros romances de glosa, es mas bien que una pintura de los trabajos que padece el que sale a rodar tierras, una relacion de la ceremonia en que el hijo pide la bendicion a su madre i de los consejos que ésta le da ántes de la partida.

Júzquese de esta composicion por su primera décima:

«Cuando yo a rodar salí,
Luego que quedé sin padre,
A mi acongojada madre
La bendicion le pedí.

Me arrodillé i dije así:
Madre de mi corazón,
Penetrado de afliccion,
Me separo de su lado:
Para no ser desgraciado
Póngame su bendicion.»

¡A las *calduitas*, mi alma! como lo indica su titulo, es una composicion que tiene por objeto elojiar la especialísima clase de empanadas, conocidas con el nombre de *calduas* o *pequeñas*, artículo esclusivamente santiaguino. Gallardo habla de las *calduas* i de las fábricas en que se elaboran con la minuciosidad de un conocedor i el entesiasmo de un aficionado. Si hubiese maliciosos que pusiesen en duda el desinterés de sus recomendaciones, juzgando talvez al poeta cobehchado por los *caldueros*, éste los invita a que prueben por sí mismos, para que así salgan de su error.

«Madrugue por la mañana
Quien quiera salir de d. da
I tómese una calduda
A ver si quita la gana.
Una fábrica arribana
Las trabajaba con peras;
Mas por ciertas vinagreras
Paralizó su trabajo,
I a ésta la echaron abajo
Las fábricas pequeneras.

«Me dicen que hai un manecbo
En el barrio de la Viña
Que sus peques alíña
Con pasa, aceituna i huevo.
Otro fabricante nuevo
Hai por la linea del tren;
Muchas fábricas se ven
En la misma capital
I todas en jeneral
Están portándose bien.»

¿Habeis oído hablar de José Harnero? Probablemente no. Nosotros no oíamos hablar de él, desde aquella edad feliz en que todo se cree, i sobre todo en aquello que se nos presenta ataviado con los encantos de lo maravilloso. Lo vimos empero retratado en un romance de Gallardo i en el acto lo saludamos como a un antiguo conocido.

José Harnero es el judío errante de nuestros peones; un eterno rodador de tierras que viaja a pié, de ciudad en ciudad, de villa en villa i de aldea en aldea. No hai lugarejo que no conozca, ni bodegon en que no tenga compadres, ni suceso raro de que no haya sido espectador. José Harnero, cambiando incessantemente de residencia, obedece sin duda al destino; mas ¿por qué, siendo conocido en todas partes, es conocido en todas bajo nombres diversos? ¿Es por ventura un malhechor que desea desorientar así a los agentes de la policía? ¿O va cambiando de

nombre por hacer mas singular i misteriosa su existencia de vagamundo? ¡Quién sabe! Lo único que nosotros sabemos es que si José Harnero no viviese cambiando eternamente de residencia i de nombre dejaria de ser José Harnero.

El que nos retrata Gallardo, vaga por cincuenta lugares diferentes i toma en cada uno de ellos un distinto apellido. En una sola parte se llama con su nombre propio—José Harnero—i esta parte es en el *Carril*. Véase la primera i última décima:

«En Marle soi Escobar,
En Talca soi Cheverría,
En Curicó soi García,
En Teno soi Sandovar.
En Chimbarongo Aguilar,
En San Fernando soi Vega,
En los Barriales Villega,
En Rehuelmo Negrete,
En Limahue Navarrete,
I en Pelequen soi Venega.

«En Limache soi Pavés,
En San Pedro soi Cañete,
En Quillota soi Astete,
En Llai-lai soi Montanés.
En San Felipe Jerez,
En los Andes Escudero,
En Chacabuco Guerrero,
En Colina soi Asagra,
En la capital Villagra,
I en el Carril José Harnero.»

Terminaremos con los romances de costumbres, de Gallardo, diciendo algunas palabras sobre el titulado *Los Tachadores*, que es el único en que el autor (dando en ello un hermoso ejemplo de modestia i de buen gusto a sus colegas, no sabríamos decir si de oficio, de arte o sacerdocio) se toma así mismo por tema de sus coplas. Parece, en efecto, que éstas, dando a Gallardo alguna fama i algunas monedas, honos et *præmium*, le han suscitado también en pocos enemigos. Con el fin de contestar a sus tiros, el censurado poeta compuso *Los Tachadores*, esposicion rimada de los cargos que la malevolencia le dirige i de las alegaciones con que el acusado defiende lo que podríamos llamar la honorabilidad de su industria i la excelencia de la mision civilizadora a que ha conagrado su ingenio. Oigámoslo:

*Porque vendo papéritos
A un centavito o a dos,
Me insultan ¡válgame Dios!
Los envidiosos malditos.*

Si estoi refiriendo un verso
Se pára el tonto de firme,
A tacharme, i a decirme
Que es falso lo que converso.

Los de corazon perverso
Son unos animalitos,
En dos patas paraditos,
De extraordinario tamaño;
Estos creen que al pueblo engaño
Porque vendo papéritos.

No es engaño ni locura,
Aun creo ser conveniente,
Que por mí bastante jente
Se aficione a la lectura.
Esta es una verdad pura
Tan fija como el reloj:
Solo los de alma feroz
Murmuran i se van riendo,
Cuando un verso estoi vendiendo
A un centavito o a dos.

También dicen e tos tales
Cabezones i sin sesos:
—¡Vé cómo tienen los lesos
Rodeado a Pedro Urdemales!
Los murmurones fatales
De hambre no sacan la voz,
Mas yo digo dejenlos
Pasar que son insensatos,
A mí hasta los mentecatos
Me insultan ¡válgame Dios!

Otros necios del infierno
Me suelen amenazar,
Que me van a denunciar
Como traidor al gobierno.
Estos no importan un cuerno,
No son mas que chinchositos,
Chuzos alborotaditos,
Que en las tabernas se agrupan,
I en tachar no mas se ocupan
Los envidiosos malditos.

Al fin, ya verán señores,
Los que mas discretos fueron,
Que estos versos se refieren
A los simples tachadores.
Por cierto a los habladores
Su buena racion les toca;
Dejen esa idea loca,
No sean de mala fé,
Ni mas me obliguen a qué
Les ponga otro tapa-boca.

Si de estos romances que hemos llamado de costumbres pasamos a los picarescos, nos vemos ante todo en la imprescindible necesidad de eliminar por groseros e indecentes los titulados *La fea*, *La pulga presera*, *El lazo de cerijas*, el que comienza

«Entre todas las mujeres
No hai mujer como mi Juana,
Ella sale a la oracion
I vuelve por la mañana,»

i algunos otros.

Si Gallardo emplease principalmente los instantos poéticos con que Dios lo ha favorecido en escribir composiciones de ese género, si ellas no tuviesen la disculpa de la ignorancia i del deseo de obtener los aplausos de los necios, que forman la mayoría de todo público, i con mucha mas razon del público de poncho, los tachadores malditos, de quienes se queja el componedor de coplas i vendedor de papelitos en el romance que integro dejamos copiado, no habrian andado tan lejos de la verdad i de la justicia. Pero felizmente las tales composiciones son pocas, de manera que si el cura que espurgó la librería de don Quijote resucitase i se diese el trabajo de hacer otro tanto con las obras completas de Gallardo, no pasarían de ocho las que reputaría merecedoras de la honra.

Faltaríamos a la verdad, sin embargo, si omitiésemos a propósito de estas composiciones una circunstancia importante. Las que vulgarmente se llaman *coloradas* son las mas leídas, mucho mas todavía que las mejores i mas leídas de otros géneros; triste síntoma que está revelando los groseros instintos de las últimas cla es de nuestra sociedad i el grado de abyeccion en que se encuentran!

Es de notar tambien, para mantenernos en los límites de la mas estricta imparcialidad, que cuando Gallardo trata de hacer reir guardando a la decencia sus fueros, rarísimas veces lo consigue. Así despues de hecha la eliminacion de los romances que no pueden citarse por la mala calidad de su sal, no encontramos ni uno solo bastante salado para merecer los honores de una transcripcion íntegra.

El que empieza

«Echale caldito Juana,
Que ya me voi mejorando;
El que se enferma tomando
Con el mismo licor sana.»

es una larga i desabrida glosa del refran, tan acreditado i practicado entre los adoradores del dios de las vendimias—un clavo saea otro clavo.

El titulado *Tiro a los bolseros de puchos* es, intencionalmente, al ménos, una sátira contra la numerosa ralea de los que no saben abrir la boca, ni para hablar, ni para comer, ni para echar humo siquiera, sino a costillas del prójimo. ¡Lástima que la ejecución no hubiese correspondido al tema!

Mui superior nos parece el consagrado a referir i ponderar los trabajos a que vive condenado el sexo feo por complacer al bello, que segun Gallardo no posee en dósis mui considerable la virtud del agradecimiento. Laméntase él en efecto de que

«Trabaja el hombre i padece
Desdichas por tener plata
Para la mujer ingrata,
I ésta no se lo agradece.»

I prosigue en cinco décimas pintando la desdichada condicion del hombre, i comparándola, a fin de encarecerla por el contraste, con la rica variedad de dones que Dios prodiga sobre las aves, los animales i los peces.

Léase la primera:

«Nace el ave ¡qué grandeza
Entre su delicia suma!
Le viste la piel de pluma
La misma naturaleza.
I así que a volar empieza
En sus cánticos parece
Que a Dios sus dones ofrece,
Con amor tierno i profundo;
I solamente en el mundo
Trabaja el hombre i padece.»

¿Es una ocurrencia nuestra o hai en esta décima algo como un eco apagado, como un recuerdo vago i casi desvanecido de aquellas tan sentidas como famosas de Calderon que empiezan

«Apurar cielos pretendo
Ya que me tratáis así,
¿Qué delito cometi
Contra vosotros naciendo?»

El lector juzgará.

La melancolía, que apunta apénas en las décimas anteriores, forma el fondo i la nota dominante de algunos otros romances de Gallardo.

En la que tiene por título *Eterna separacion de los amigos con la muerte*, llora la brevedad de la vida, lo instable de la fortuna i la amargura del último trance. El tema es abundante; pero no corresponde a él la ejecución.

En *El cisne que solo canta la víspera de su muerte*, el poeta se pregunta así mismo la causa de tan raro fenómeno.

«Ave que en toda tu vida
No has merecido alegrarte,
¿Por qué vienes a entonarte
Al tiempo de la partida?
¿Cómo! ¿Cuál es tu alegría
Que de ella nada adelantas,
I si tus ecos levantas
Ya son para no existir?
¿Qué alcanzas a distinguir
¡Oh! cisne, que al morir cantas?»

I acentuando mas la intencion de figurarnos en la peculiaridad que la tradicion atribuye al cisne, el dulce presentimiento de la bienaventuranza que el alma del justo debe experimentar en la hora de su muerte, concluye

«Casi llego a presumir
Que, pues que tu fin se acerca,
Solo cantas, ave terca,
Como para revivir.»

Falta mucho, no hai duda, a la espresion; pero la idea es tan hermosa i delicada, como digna de los mas ricos atavios de la poesía.

¿A qué jénero pertenece el romance bautizado con estrambótico titulo de *Los espolones del diablo*? A ninguno de los clasificados en los manuales de literatura, i con perdon de los dichos manuales, al que llamaremos nosotros jénero estravagante-disparatado: al mismo a que pertenecen aquellos conocidos versos tan populares en las fondas:

«De las aves que vuelan
Me gusta el chanco,
Porque las esperanzas
Nunca se pierden.»

I aquellos otros de *pata en quinchá*:

«¡Vamos remoliendo, mi alma,
Que el infierno se ha vuelto agua:
Los diablos se han vuelto pejes
I los condenados taguas!»

Sobre éstos i los de su especie los de Gallardo tienen una ventaja, sin embargo, i consiste en que hai en ellos envuelto un atrevido pensamiento, que el poeta se declara dispuesto a realizar mediante ciertas condiciones, condiciones que constan de la primera cuarteta.

«Si Dios me presta el avío
I San Pablo los pellones,
Santiago las estriberas
I el diablo los espolones.»

Aviado de semejante suerte, el bardo paladin se declara capaz de bajar al infierno i de hacer allí una de Dios es Cristo. Oigamos la relacion de las hipotéticas hazañas del héroe:

Pongo toda mi esperanza
En el Salvador divino,
Para que el ángel malino
No tenga conmigo alianza,
Mi verdadera confianza
Está en el Padre querido,
Que a todos ha redimido;
I desde que su hijo soi,
A caballo al cielo voi
Si Dios me presta el avío,

Con órden del Padre Eterno,
I armado de todas armas
Echaré fuera las *armas*
Que hubiesen en el infierno.
Atropellaré al gobierno
De infernales escuadrones,
Acabaré las lecciones
Si San Miguel el arcanje,
Me facilita su alfanje
I San Pablo los pellones,

Haré lo que hizo Judá
Con Olofernes temible,
Saldré del infierno horrible
Triunfante como Davi;
Temblarán de verme allí
Los calabozos i hogueras;
Las mas espantosas fieras
Serán como una figura,
Si me da de su montura
Santiago las estriberas.

Con la vara de José
I las fuerzas de Sanson
En el reino del Dragon
Aun ni escombros dejaré.
Las almas libentaré
De sus eternas prisiones;
I si esas dominaciones
Me diesen batallas crudas
Perderá la bolsa Judá
I el diablo los espolones.

Al fin cuando dé la voz
La trompeta de Jerónimo
Adoraremos a Dómino,
Que es el verdadero Dios.
Temblará el infierno atroz
I el mundo será acabado.
Ese dia desgraciado
Cielos i tierra verán,
El milagro que a San Juan
Dios le tiene reservado.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Continuará.)

MEDIA NOCHE.

Pasó el dia atormentado
Por la inquietud de la vida;
La dulce tarde ha pasado
I al cuerpo ya fatigado
Todo al descanso convida...

Es media noche: en su calma
Todo calla i se adormece...
¡Harta de afanes el alma
Paz i reposo apetece!...

I en el viejo campanario
Del vecino monasterio,
Con acento funerario
Lleno de triste misterio,
Las doce sonando están:
¡Tan, tan!... ¡Tan, tan!...

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 24 de 1878.

«LOS ORIJENES DE LA IGLESIA CHILENA.»
I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO V.

EL MILAGRERO DON PEDRO MARIÑO DE LOVERA.

I.

En su tercer artículo, publicado en el número V de *Sud-América*, el señor Amunátegui niega que sea Mariño de Lovera el cronista que le sirvió principalmente de guía para narrar la crónica milagrosa de Chile i contradice mi aserto de que así es.

Hé aquí sus palabras:

«Mencioné en dicho capítulo siete casos de estos pretendidos prodijios, a saber:

«La aparición en los aires del apóstol Santiago montado en un caballo blanco, i armado de una espada, que acudió en enero de 1541 a defender a los españoles contra las turbas de Michimalonco referida por don Pedro Mariño de Lovera;

«La aparición del mismo apóstol Santiago i de la Virgen del Socorro en defensa de los mismos españoles el 11 de setiembre de 1541, mencionada por Mariño de Lovera, por el jesuita Alonso de Ovalle i por don Vicente Carvallo i Goyeneche, el cual alude a la creencia popular de que la imagen de esta Virgen, colocada en el altar mayor del templo de San Francisco en Santiago, tenía en los dos primeros dedos de la mano derecha una de las piedrecillas que arrojaba a los ojos de los indijenas para cegarlos, cuando asaltaron la recién fundada capital;

«El amparo que, a lo que se contaba, habían prestado a la ciudad de Concepcion en contra de los araucanos el 12 de marzo de 1550 el mismo apóstol Santiago i la Virgen María, según lo relatan con variantes mas o ménos importantes don Pedro de Valdivia, don Alonso de Góngora Marmolejo, don Pe-

dro de Córdoba Figueroa i el padre jesuita Miguel de Olivares;

«La salvacion milagrosa de la Imperial contra un asalto de las huestes de Caupolicán i Lautaro el 23 de abril de 1554, debida, según Ercilla, a una aparición de la Virgen; i según Mariño de Lovera, a la de un fenómeno igneo i de un monstruo nunca visto;

«Los portentos que favorecieron la persecucion de don Pedro de Villagra contra los indios rebeldes, a lo que cuenta Mariño de Lovera.

«La proteccion declarada con que Nuestra Señora de las Nieves amparó a la ciudad de la Imperial el año de 1660, según lo refieren Alvarez de Toledo, el padre Ovalle, Córdoba i Figueroa, el padre Olivares, don Cosme Bueno, don José Pérez García i don Vicente Carvallo i Goyeneche; i

«Los portentos estupendos que el año de 1641 impulsaron a los indios rebeldes a solicitar del presidente don Francisco Lopez de Zúñiga, marques de Baides, la paz que ellos por tanto tiempo habian rehusado con las armas en la mano, según lo asegura el jesuita Alonso de Ovalle.

«Solo dos de los siete casos que he recordado en el capítulo titulado *La Crónica Milagrosa del Reino de Chile* se hallan apoyados en el testimonio individual i aislado de don Pedro Mariño de Lovera.

«Los cinco restantes, o están confirmados por otros cronistas, o no han sido siquiera mencionados por el tan censurado Mariño de Lovera.

«En vista de esta simple esposicion, cuya exactitud cualquiera puede comprobar con la mayor facilidad, no comprendo en qué ha podido fundarse el señor presbítero Errázuriz para aseverar que yo he tomado al cronista don Pedro Mariño de Lovera por principal guía para dar una muestra de lo que era la crónica milagrosa de Chile.

«Lo único que tengo que hacer para contradecirle es apelar a los hechos.

«Ahí está mi libro; i ahí están los testimonios en que apoyo mi esposicion.

A tu lado al par con ellos
Están los que un día hermoso,
Aquí sintieron el gozo
De su primera ilusión.
Tambien ellos entretejen
Coronas de bellas flores.
Escucha tú sus loores.
Son la voz del corazón.

Ellos vogan, i su nave
Burla el escollo, el oleaje,
Que nunca hicieron ultraje
Ni a la fé, ni a la virtud.
I es dulce amar lo que es bello,
Lo que hace gozar al alma
Paz serena, suave calma,
Lo que es la vida, es la luz.

Tu voz un día aquí oyeron;
I a la lucha se aprestaron
I la tormenta escucharon
Serenos en su bajel.
Mas ora vuelvan los ojos,
Que esta mansion escondida
Risueña a gozar convida
Cual otro perdido Eden.

I todos en suave coro,
Al son armónico i blando
Del laud, están cantando
Con tierno i suave cantar:
Bendito sea mil veces
De tus hijos el anhelo;
Reine aquí la paz del cielo
Que Dios bendiga este hogar!

SALVADOR GARCÍA REYES.

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

(Continuacion.)

V.

Hemos citado algunos romances de Gallardo que pecan contra la moral; imposible sería citar uno solo que pecase contra la fé católica. Hombre del pueblo, nuestro poeta, cae fácilmente en las groserías, indecencias e inmoralidades en que incurren los de su clase, sin mucho escrúpulo, pero se guardaría bien de abrigar la mas leve duda sobre los dogmas de la religión que profesa. ¡Jérmén inmortal de salud que aun los hombres mas ignorantes i rudos de nuestra república conservan en lo mas recóndito del alma, i que una mano caritativa

puede tocar siempre con esperanzas de alcanzar rica cosecha de arrepentimiento i de progreso! Pueden los vientos de las pasiones arrebatar al árbol sus hojas, i las bestias de los groseros instintos despedazar sus ramas i quebrantar su tronco, mientras que allá en el fondo de su sér se mantenga viva la raíz de la fé, todo entierro debe reputarse prematuro por que la vuelta a la salud es posible.

Gallardo se muestra creyente sincero en sus poesías relijiosas, i como todo creyente, no se contenta con creer, sino que experimenta el deseo de propagar las creencias que abriga por todos los medios que están a sus alcances.

Sus poesías relijiosas son de dos clases: unas destinadas a encomiar los misterios, sacramentos i ceremonias del catolicismo; otras a estorbar i contradecir la propaganda del protestantismo i la incredulidad.

Fórmense los lectores una idea de los romances relijiosos de Gallardo por el siguiente, que, como lo indica su título (*El hijo pródigo*) no es mas que una tosca relacion hecha de aquella tiernísima parábola del Evangelio:

*Yo soi el pródigo hambriento
Que vengo desengañado,
A buscar necesitado
De vuestra mesa el sustento.*

Padre compasivo, vé
A tu hijo desventurado;
Yo soi aquel desgraciado
Que mi herencia mal-logré:
Ultimamente llegué
Al mayor abatimiento,
Tan triste acontecimiento;
Por necesidad me obliga
A que con lágrimas diga:
Yo soi el pródigo hambriento.

No niego, padre querido,
Que para tí fui traidor,
I conociendo mi error
Vengo mui arrepentido,
Lloroso i enternecido
A tí me postro humillado;
En lágrimas anegado
Para que me perdoneis:
Tu hijo soi, no me negueis
Que vengo desengañado.

Padre de mi corazón,
En tanta flaqueza vengo
Que ni alientos casi tengo
Para pedirte perdon;
No mires mi indignacion
Ni lo mal que os he pagado;
Mira el infeliz estado,
La miseria i decadencia
Con que llevo a tu presencia
A buscar necesitado.

Padre misericordioso,
Recíbeme con agrado
I trátame como a un criado,
Que me llamaré dichoso.
Lo abrazó lleno de gozo
El padre, i en el momento
Lo colocó en su aposento,
I le hizo esta referencia:
«Tú tendrás con preferencia
De nuestra mesa el sustento.»

Al fin con gran regocijo
Mandó el padre que se hiciera
Una boda i se sirviera
Lo mas esquisito a su hijo;
Allí mismo le bendijo
I le redobló su dona:
I si esto la fé lo abona,
Es prueba mui evidente
Que a todo el que se arrepiente,
Dios, sin duda, lo perdona.

Entre los de controversia, descuellan los que tienen por objeto apartar al pueblo del protestantismo, poniéndolo en guardia contra los agentes de la sociedad bíblica. Los argumentos, como fácilmente se comprenderá, no son mui decisivos en contra de la reforma; pero no por eso debe creerse que Gallardo ha predicado en desierto. Desde el nombre de *enganchadores* que da el romancero a los propagandistas protestantes, hasta la descripción que hace de las iglesias protestantes,

Donde no tienen altares
La Virgen ni ningún santo,

todo está perfectamente calculado para producir el efecto que el autor se propone.

Por lo demas, en las décimas de que nos ocupamos se encuentra consignado el escaso fruto que los propagandistas recojen. Según Gallardo, los renegados son pocos i no descuellan por la lucidez de su inteligencia. Véase la primera décima de la composición que tiene por título *El Enganche*:

«Andan los enganchadores
Por aldeas i ciudades
Comprando almas i amistades
A los corrompidos peores.
El jefe de esos factores
Es mas hábil que el Maligno
De ningún mérito digno
Por ser obispo casado:
Solo tontos ha enganchado
Desde que a Santiago vino.»

Persiguiendo siempre el mismo objeto i queriendo apartar a su público mas i mas de los lazos tendidos por la propaganda protestante a su ignorancia, Gallardo estudia los orígenes de la reforma i da al pueblo una lección histó-

rica sobre tan interesante acontecimiento de la siguiente manera:

*Leyendo en un catecismo
Que de Europa se mandó
Ni que dudar me quedó
Lo que es el protestantismo.*

Desde el año mil quinientos
Dieziséiete, en Alemania
Prostetaron, i en Jermânia
Fué la reforma en aumentos.
Lutero en esos momentos
Renegó el catolicismo;
Zuinglio en Suiza hizo lo mismo,
Tambien dió contra la fé.
Estas verdades hallé
Leyendo en un catecismo.

En la Francia fué Calvino
Quien a la Iglesia dió guerra,
Lo propio hizo en Inglaterra
Enrique VIII; pues vino
A ser el mas libertino
Que en la cristiandad se halló.
Cada uno de estos negó
De Dios el poder eterno
Dice el místico cuaderno,
Que de Europa se mandó.

Luego los reformadores
Levantán el estandarte
De rebelion, que reparte
Odio, cólera i errores,
Contra el Papa i sus doctores
El escarnio no cesó;
Su atrevimiento llegó
Al mas insolente punto,
Hablando sobre este asunto
Ni que dudar me quedó.

De Calvino es efectivo
Aquel milagro tan cierto
Por resucitar un muerto
Le quitó la vida a un vivo.
Hé aquí lo positivo
De los sabios del abismo.
¡Oh! anónimo fanatismo
Quien te lleva no te entiende!
Ninguno de ellos comprende
Lo que es el protestantismo.

Católicos no os dejeis
Engañar de esos sectarios
Racionalistas, templarios,
Farzantes como sabeis:
En Santiago lo vereis
Repartiendo cuadernitos
Biblias i falsos libritos
Que ni mirarlos podemos.
En el concilio veremos
Donde van esos malditos.

VI.

Por disparatada que la anterior lección pueda parecer, ella es inmensamente superior a cuantas nuestro romancero se ha atrevido a dar sobre otros ramos del saber humano; porque es de advertir que nuestros poetas de poncho, imitando, justo es reconocerlo, el ejemplo que reciben de los de capa o de chaquet, disertan de *omne re scibile*, con admirable aplomo. La literatura, la geografía, la historia natural, la astronomía, son otros tantos temas que el romancero explota, procurando comunicar jenerosamente a los lectores la luz de su ilustración propia.

Por desgracia, esa luz es tan escasa como de mala lei, i las lecciones rimadas de que hablamos dejarán por todo provecho a los que las reciban un cierto número de palabras cuyo significado les será imposible comprender. ¿Qué sabrá de astronomía, por ejemplo, un individuo cuando sepa que

El que al Sol va mas cercano
Es el planeta Mercurio,
Vénus sigue su preludio
Con recurso soberano.
Circulan en cierto plano
Dando de su luz aumento,
Jiran en un modo lento
Cada uno segun su orbita
A la distancia que dicta
La tierra del firmamento?

¿I no es esa décima una prueba irrecusable de que el profesor que hace la esplicación quiere explicar algo de que el mismo no tiene ni siquiera la mas somera idea?

¿I cual se tendrá formada de las cinco partes del mundo quien las define i caracteriza en esta forma?

La Europa i sus estensiones
Es digna de ponderarla
I aun tienen que respetarla
Las mas remotas naciones.
Sobre América me alegan
Que es de poder colosal
I un talento natural,
Sus habitantes desplagan.
La Asia segun me parece
Es de muchos habitantes
I donde hai tribus errantes
De erudición se carece.
La Africa si es elegante
No es perfecta a toda luz,
Al menospreciar la cruz
Por abrazar el turbante.

En suma, las poesías didácticas de Gallardo revelan en él la mas completa carencia de estudios hechos con algun método i seriedad. Se conoce a tiro de ballesta que solo a impulsos de

la necesidad de componer (que acaso en el pobre mas de una vez se ha confundido con la necesidad de comer) ha hojeado uno que otro librejo i leído de vez en cuando algun artículo de diario. Así ha logrado conservar en la memoria palabras propias para producir efecto en un público completamente rudo e ideas confusas sobre ciencias, artes e historia.

VII.

Hai, empero, entre todas las historias una que Gallardo conoce en sus menores detalles i que cuenta con harta mayor exactitud que la de la reforma religiosa del siglo XVI. Esta historia es la contemporánea de Santiago. Como los antiguos romanceros, el que es objeto de estos apuntes, va consignando en su crónica rimada los sucesos, ora trágicos, ora venturosos, ya de carácter público, ya de carácter privado, que mas profunda impresion han causado al pueblo. Aquí el cronista no elije sus temas sino que los soporta. Las circunstancias se los imponen, i él no hace mas que obedecer a la popular exigencia, constituyéndose en eco de la preocupacion predominante del dia.

Para dar una idea de los sucesos cantados por Gallardo, i ya que no nos será posible copiar las composiciones de este género que merecerian ser copiadas, nos bastará indicar los temas de algunas de ellas. Las mas notables tienen por título: *El anuncio aterrador del astrónomo alemán Falb, El río Mapocho, Muerte de Lopez en el Paraguai, Sentencia de muerte i ejecución de Pedro Madrid, Profecía de las tres plagas anunciadas por el profeta de Australia, Los ajusticiados en el Campo de Marte, Gran temporal en Valparaiso, Orelie Antonio rei de la Araucanía i Patagonia, Incendio del Club de la Union, Gratitud a la Empresa de coches americanos, El rico descubrimiento de minas en Caracoles, Incendio del Píguchen de los Canchas, Nueva rebelion de los indios salvajes, La guerra entre Francia i Prusia i El mui famoso Ciriaco Contreras.*

De entre los indicados romances transcribiremos como muestras el relativo al descubrimiento de Caracoles, i el que narra la ejecución capital del famoso reo Pedro Madrid. Probablemente Gallardo se impuso del primero de estos sucesos leyendo los diarios (que aunque no es suscriptor de ninguno, suele de vez en cuando comprar números sueltos) que por lo que toca al segundo no hai duda de que lo describe como testigo presencial.

Véanse en el órden indicado el uno i el otro:

EL RICO DESCUBRIMIENTO DE MINAS EN CARACOLES.

*Es Caracoles hoy dia
Un California en riqueza,
Se descubrió la grandeza
Que en aquella sierra habia.*

El primer descubridor
De aquel mineral, ha sido
Un chileno que ha podido
Internarse al interior.
I van con este señor
Otros tres en compañía,
Sin mas datos ni otro guía
Que su inteligente idea:
Soledad que lisonjea
Es Caracoles hoí día.

La *Suerte* fué la primera
Mina que uno descubrió;
Este nombre se le dió
I es la que ménos prospera.
La *San José* se pondera;
En fé que tanto progresa,
Mucha jente se regresa
A aquel vasto territorio
Que será, como es notorio,
Un California en riqueza.

Otras mas han descubierta
Como la *Descubridora*,
I se considera ahora
Mejor *La flor del desierto*.
Fuera de las que no advierto
Como se dice o se espresa,
Vamos allá que interesa
Caminar con todo apuro.
Ya ven que en ese ostramuro
Se descubrió la grandeza.

De Chañarcillo, mineros,
A Caracoles se van,
Entusiasmados están
Apires i barreteros.
I toda clase de obreros
Cruzan por la travesía,
Donde ménos se creía,
Por el chileno que imploro,
Fué descubierta el tesoro
Que en aquella sierra habia.

Al fin, quien quiera marchar,
Para que el desierto pase,
Viveres de toda clase
I agua es preciso llevar.
Chile mandó inspeccionar
La línea de aquel terreno;
Que reconozcan es bueno
Tal mineral me parece,
Si a Bolivia pertenece
O al territorio chileno.

SENTENCIA DE MUERTE I EJECUCION DE PEDRO
MADRID.

*Pedro Madrid sentenciado
A la pena capital
Como reo criminal,
Fué por las armas pasado.*

No teniendo a qué apelar
I viendo que iba a morir,
Se conformó con decir:
La debo i la he de pagar.
Mucho se hizo por librar
La vida a este desgraciado:
Los ruegos del abogado
No fueron de beneficio;
Fué al afrentoso suplicio
Pedro Madrid sentenciado.

Se le leyó la sentencia
Con que hubo de conformarse,
I para reconciliarse
Examinó su conciencia.
Recibió con reverencia
El auxilio espiritual:
Besó el estandarte real
De Jesus crucificado,
Luego que fué condenado
A la pena capital.

Cuando fué puesto en capilla
Su próximo fin bendijo.
A los piés de un Crucifijo
Con humildad se arrodilla;
Como verdugo lo engrilla
Un compañero desleal.
Llegó el momento fatal,
I fué al cadalso llevado
Para ser ejecutado
Como reo criminal.

No fué digno de perdon,
Ni los empeños valieron:
Los jueces el fallo dieron
Con justicia por razon.
Se cumplió la ejecucion
Como se habia ordenado,
Llegó el día designado
Para aquel trance funesto,
I en el patíbulo puesto
Fué por las armas pasado.

Al fin, esta alma dichosa
Un Santo-Cristo llevaba,
I solo en El se fijaba
Sin pensar en otra cosa.
Ya su espíritu reposa
Entre aquellos cortesanos
Que alegres i soberanos
Visten de celeste velo.
Lo dirijieron al cielo
Los padres dominicanos.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, agosto 31 de 1873.

«LOS ORÍGENES DE LA IGLESIA CHILENA»

I EL SEÑOR AMUNÁTEGUI.

ARTÍCULO VI.

NUEVAS AUTORIDADES.

I.

En su tercer artículo, publicado en el número V de *Sud-América*, el señor Amunátegui reúne una multitud de milagros referidos por los cronistas de las diversas secciones americanas, quienes dicen que se verificaron en favor de los españoles durante la época de la conquista.

Por varias razones me abstengo de entrar en el terreno a que el señor Amunátegui me está convidando con su artículo.

He limitado mis estudios a la historia eclesiástica de Chile; todo mi empeño es conocerla a fondo i creerla superior a mis fuerzas el hacer extensivos mis trabajos a la Iglesia americana. Sin conocer ésta toda entera me impondría pesadísima tarea para examinar los hechos acopiados en su artículo por el autor de los *Precursores de la Independencia de Chile*.

Por el contrario, facilísimo es lo que ha hecho el señor Amunátegui. Basta recorrer a la lijera las páginas de unos cuantos cronistas hasta encontrar un milagro; llamar un copiante; encabezar la copia con tres o cuatro líneas, poner al fin algunas reflexiones; i enviarla así a la imprenta. Como el señor Amunátegui poseerá una buena colección de cronistas americanos, no tengo sino motivos para creerle lo que dice que la elección de los prodijios es el único trabajo que ha tenido al redactar su artículo.

No así para quien hubiera de tomarse la tarea de aplicar a esos testimonios, como acabo de hacerlo con uno de los cronistas chilenos, las reglas de una crítica prudente. Haríase de estudiar cada uno de los hechos alegados i, lo que es mucho mas sério, cada uno

de los escritores que los refieren, para conocer el valor del hecho i examinar la veracidad del testigo.

El trabajo sería arduo, difícil i a la par casi inútil.

Supongamos (i no encuentro razon para creer infundada la suposición) que de mis estudios sacara el mismo fruto que he obtenido de mis investigaciones acerca de la crónica milagrosa de Chile: que probara que, segun todas las apariencias, jamas habian creído los conquistadores en la inmensa mayoría de esos prodijios, frutos la mayor parte de la enferma imaginación de algun soldado que en el Perú, Nueva Granada o Méjico hubiera sido un digno émulo de nuestro don Pedro Mariño de Lobera. ¿Habria demostrado una cosa mui importante para la historia de la Iglesia americana?

No lo creo. La fé profunda de los conquistadores, las fabulosas aventuras en que todos o casi todos ellos tomaban parte i cuya sola narración no puede ménos de espantar hoy a los mas audaces, eran cosas que naturalmente inclinaban la imaginación de esos soldados a presentarles por do quiera sucesos todavía mas raros, mas portentosos que los mismos en que ellos eran actores. A cada instante en inminentes peligros, recurrían angustiados al auxilio del cielo i creían ver patente la milagrosa protección de Dios i de los santos en los medios inesperados por los cuales se libraban de la muerte.

No hai nada como el peligro para que el hombre reconozca el poder de Dios i confiese practicamente, aunque en teoría la niegue, la eficacia de la oración, dirijiendo al cielo sus paces. Si el señor Amunátegui duda de esto, observe, si tiene suficiente serenidad, durante un temblor a algun incrédulo: casi todos ellos se golpean el pecho. Están convencidos de que el fenómeno es enteramente natural i, sin darse cuenta, piden a Dios que termine pronto. ¿Esperan acaso algun milagro?

Por eso dice un profundo pensador: «En la soledad de la noche, el número de los incrédulos se disminuye en la mitad.»

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

(Continúa ion.)

V.

maltratan con los pies; pero mui pronto el ensangrentado cuerpo de Ines se puso tan pesado que sus fatigados perseguidores se vieron obligados a dejarla. Uno de sus tíos quiere herirla con su espada, pero se le seca el brazo con que gobernaba la espada. Los parientes de las dos vírgenes vieron por fin la voluntad de Dios i dejaron de oponerle resistencia.

No tardó San Francisco en instalar a Clara i sus hermanas en la casa anexa a la iglesia de San Damian donde le habia hablado el crucifijo. Así se verificó la profecía que él habia hecho cuando trabajaba en la reparacion de aquel templo i decia en frances a los campesinos que pasaban: «Venid, hermanos míos, i auxiliémonos para trabajar juntos i concluir este edificio; porque un día habrá en este lugar un monasterio de mujeres, pobres voluntarias, de santísima vida, que glorificarán al Padre celestial en toda la santa Iglesia.

Despues de la muerte del padre de Santa Clara, su madre Ortolana, ya tercera de San Francisco, se hizo clarisa i se colocó bajo la obediencia de su hija; Beatriz, su última hija, no tardó en reunirsele tambien.

San Francisco obligó a Clara a ser abadesa de San Damian; dió a sus relijiosas el nombre de *Hermanas menores* i el de *Damas pobres o Damas de la Pobreza*; las estableció sobre la roca de esa absoluta pobreza que tanto amaba él: «Mis mui amadas hermanas, les decia en el capítulo VIII de su regla, esa sublime i altísima pobreza es la que os constituirá herederas del reino celestial.»

No sin dificultad obtuvo Clara de Inocencio IV el extraño i nuevo privilejio de la renuncia perpétua de toda posesion para ella i para su orden. Las hermanas de Santa Clara, enclaustradas, no podían ir a mendigar como los frailes menores; debieron, pues, en adelante esperar cada día dentro de su monasterio, de solo la providencia de Dios i de la caridad de los cristianos, el pan cotidiano. Cuando ese pan llegaba a faltarles, se tocaba la campana del convento para comunicar a los fieles que las relijiosas no tenían qué comer. Así han pasado las cosas durante seis siglos i desde hace seis siglos Jesucristo i sus amigos no han dejado de responder al llamamiento de las pobres enclaustradas; cuando, por casualidad, el socorro implorado no llega a tiempo, esas santas mujeres bendicen a Dios i, llenas de gozo, reemplazan su pobre refaccion con cánticos de accion de gracias.

RAFAEL B. GUMUCIO.

(Continuará.)

Réstanos aun, para dar término a esta revista de los diversos jéneros que ha cultivado Gallardo, ocuparnos de los políticos i de los eróticos.

No esperarán sin duda los lectores que vayamos a esponer aquí los principios sociales i políticos que forman el credo de nuestro poeta. No los tiene, i no hai por qué extrañarlo. Sería mucho exigir que los tuviese un humilde trovador de poncho i de chambergo, cuando tantos escritores públicos, diputadotes i aun ministros del despacho, se dispensan de tenerlos.

Gallardo lo único que manifiesta en sus coplas políticas es simpatías i antipatías; i preciso es decirlo en su honor, completamente desinteresadas. Dejéose llevar en su tiempo por la corriente de opinion que echó por tierra al montvarismo, sin que, al parecer, su aversion a ese sistema de gobierno tuviese por origen ningun desaire ni persecucion personal. Mas tarde, cuando la presidencia del señor Perez tocaba a su término i se abría la campaña electoral, cuyo desenlace fué el triunfo del señor Errázuriz, Gallardo se apresuró a quemarle algunos granillos de su mejor incienso. En pocas palabras, nuestro hombre fué anti-nacional durante la administracion Montt; i porque era anti-nacional fué partidario del gobierno durante la administracion Perez. Pero como no fué un solo partido el que dirijió la política durante la última administracion, siempre cabe preguntar: Gallardo ¿es liberal o conservador?

Tres son los romances políticos que de él tenemos a la vista, i en los tres, por diversas maneras, encontramos la contestacion de la pregunta formulada. A fuer de creyente sincero, nuestro vate ataca al rojismo con la misma enerjia con que ataca al protestantismo: mas aun, casi podría decirse que para él rojismo i protestantismo son sinónimos. De ahí es que al atacar la candidatura Urmeneta, la atacaba principalmente por cuanto, en su concepto, su triunfo habia de importar el predominio de las disociadoras doctrinas de aquella escuela politico-irreljiosa. Por el contrario, ensalzó al señor Errázuriz i celebró su triunfo i elevacion a la suprema magistratura de la república, porque el señor Errázuriz personificaba para él, como para tantos otros, el triunfo de la relijion i de las doctrinas conservadoras.

La primera de las composiciones a que hemos aludido, que tiene por título *Agonías del*

montañarismo, concluye con esta significativa décima:

«¡Viva Errázuriz, señores,
El arzobispo i el clero!
¡Gracias al Dios verdadero
¡Supremo autor de autores!
Perdon para los traidores
Pidan en igual union
Por lei i por relijion
Las monjas i religiosos:
Jesus los haga dichosos
En su celestial mansion.»

El otro que se titula *Proclamación del descendo presidente don Federico Errázuriz*, alude tambien a la creencia, entónces comun, de que el candidato de abril contaba entre sus muchos títulos para dirigir los destinos de Chile el de simbolizar la causa de la relijion del país, por sus creencias personales i por los lazos que lo ligaban al partido católico.

«A la ceremonia o bando
Todo el pueblo concurrió,
I evidentes pruebas dió
Que solo estaba descando
Tuviéese poder i mando
Aquel digno entre los dignos,
Que de tantos libertinos
Defendió la relijion;
I hoí lo llama la nacion
Para rejir sus destinos.»

Finalmente del tercer romance que lleva por título *¡Viva el señor don Federico Errázuriz!* hacen a nuestro propósito las décimas tercera i cuarta, que dicen como sigue:

«¡Qué hiciéramos, Dios eterno,
Si gobernara el rojismo!
Chile sería un abismo
O un anticipado infierno.
Un tiránico gobierno
Siembra los campos de abrojos
Para cosechar despojos
Como sucede en la Francia.
Ya causan extravagancia
Las torpezas de los rojos.»

Cuarenta i tantos periódicos
Por Urmeneta trabajan;
A don Federico ultrajan
Los diarios anticatólicos.
Con sus embustes diabólicos
No cesan de amenazar
Que al perder han de formar
Una gran revolucion:
Tan incua pretension
Caro les ha de costar.»

Por mucho que se conceda al entusiasmo del momento, por mucho que se cargue a la cuen-

ta de la candorosa ignorancia del autor de las décimas copiadas, siempre será preciso reconocer que la opinion que emite sobre las ideas i programa del candidato de abril era entónces la predominante en el pueblo; i que esa creencia esplica, por una parte, el entusiasmo con que Gallardo animó a sus parciales durante la lucha i cantó su triunfo despues de obteniendo éste; i por otra, el firme apoyo que el señor Errázuriz encontró en la clase obrera.

Hoi dia ¿cuál es el partido que cuenta con las simpatías de Gallardo? ¿Es un gobiernista o un opositor? Los dos años de gobierno que lleva el candidato de abril le han traído la confirmacion o el desvanecimiento de sus esperanzas?—¡Quién sabe! es decir, nada sabemos, porque no nos ha sido dable averiguar si en el año último nuestro poeta ha compuesto algun otro romance político. En todo caso, si lo ha compuesto, no ha llegado a nuestra noticia.

VI.

El amor feliz i desgraciado es el tema de unos veinte romances de nuestro poeta. No hai que buscar en ellos ni la delicadeza de la espresion, ni la profundidad de los sentimientos, ni los primores del estilo. Gallardo está ya muy viejo para poesías amorosas. Sus esfuerzos por pintar lo que no siente lo llevan a las mas ridiculas hipérbolas i al empleo constante de comparaciones jerundianas i de metáforas disparatadas, que, preciso es decirlo, forman la trama de toda nuestra poesia popular. En décimas, corridos, romances, zamacuecas, resbalosas, etc., etc., jiran eternamente un amante que muere por su adorado tormento o su idolatrado dueño i alguna dama, que puede ser mas o ménos ingrata, pero que indudablemente será, *preciosísima deidad, lucero resplandeciente, hermosa fior de las flores, luna dorada, águila real, encantadora princesa, blanca azucena, jardín florido, perla del oriente* i un centenar de cosas semejantes.

Las siguientes quintillas darán una idea del estilo de Gallardo en el jénero de que nos ocupamos:

*Despierta, reina de amores;
Que me abras la puerta quiero;
Que te viene a visitor
Un amante pasajero.*

Ya el sol i sus resplandores
Ilumina todo el mundo.
A deleitarte en las flores,
De ese sueño tan profundo
Despierta, reina de amores.

Con sus luces el lucero
Se dirige a saludarte:

Mas yo madrugué primero.
Para la noticia darte
Que me abras la puerta quiero.

No cesan de caminar
Las estrellas de una en una:
Presto las verás llegar
Al redor de la luna
Que te viene a visitar.

Aviso tan lisonjero
Como éste no habrás tenido.
¿Qué gozo tan placentero,
A tu pieza te ha traído
Un amante pasajero!

En este mismo género amoroso encontramos otra composición, en que el autor se olvida de poner a la cabeza de sus décimas la inevitable cuarteta cuyos versos son otros tantos pies forzados en que han de ir concluyendo las siguientes estrofas. El asunto de la composición que vamos a transcribir es la *Ausencia*. El amante hace merito de las amarguras de la despedida, de su invariable constancia para no echar ni un momento en olvido a su *perla del oriente*, de sus inquietudes, de sus sueños, de sus desvelos; i despues de haber preparado así el terreno inclinando en su favor a la causante de tamaños estremos, concluye preguntándole con porfiada insistencia: ¿Dime si me has olvidado el tiempo que anduve ausente?

Hé aquí las cinco estrofas de que consta *La Ausencia*:

Penosa fué mi jornada
Luego que de aquí salí,
Porque no me despedí
De tí, preciosa adorada.
En mi ausencia dilatada
No te olvidé de mi mente,
I tú, perla del oriente,
Claro cielo iluminado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

A cada instante o momento
Parece que te veía,
De modo que no podía
Borrarte del pensamiento;
Te daba mi sentimiento
Como que estabas presente;
I tú, en caso tan urgente
Por mi viaje demorado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

Penetrado de ternura,
Decía: ¿ai de mí! ¿qué haré?
¿Cuándo otra vez volveré
A ver mi amada hermosa?
Así en esta desventura
Lloraba continuamente:

I tú, cual flor macilente,
Rosa del mas lindo prado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

Distante de vuestro cielo
No podía merecer
Gusto cabal ni placer,
Alegria ni consuelo;
Este pesar o desvelo
Era mi peor accidente:
I tú, luna reluciente,
O precioso sol dorado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

Al fin en tan tristes casos
Caminaba sin demora
Por que no veía la hora
De reposar en tus brazos.
Con ajigantados pasos
Entre el peligro inminente,
I tú, de un modo aparente,
Tan lejos de tu adorado,
Dime si me has olvidado
El tiempo que anduve ausente.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

CARTHON.

POEMA DE OSSIAN.

(Traducción.)

Clessamor, hijo de Thaddu i hermano de Moína, madre de Tingal, fué arrojado por una tempestad a Balclutha, ciudad situada en las riberas del Clyde, perteneciente a una colonia de bretones. Reuthamir, el mas rico de la ciudad, le recibe en su casa, i le dá en matrimonio a Moína, su hija única. Un breton llamado Reuda, admirador apasionado de los encautos de Moína, insulta a Clessamor. Los dos rivales se baten. Reuda fué muerto. Pero los bretones obligan a Clessamor a huir, i se retira a Morven al lado de Comhal, padre de Tingal.

Moína da a luz un hijo, i muere poco tiempo despues. Reuthamir llama a este niño Carthon, nombre que significa *murmullo de las olas*, en memoria de la tempestad que habia arrojado a Clessamor a Balclutha.

Carthon tenia tres años, cuando Comhal, en una guerra contra los bretones, quema la ciudad de Balclutha. Su nodriza se refugia con él

LA ESTRELLA DE CHILE.

Santiago, setiembre 7 de 1873.

DERECHO CONSUETUDINARIO

EN LA LEJISLACION CIVIL.

«La costumbre no constituye derecho sino en los casos en que la lei se remite a ella.»

Artículo 2.º del Código civil chileno.

El título preliminar del Código civil es sin duda una de las materias legales cuyo estudio ha ofrecido mas dificultades a los jurisconsultos. «Las disposiciones de este título—habla Portalis refiriéndose al correspondiente del código frances—no pertenecen a ningun código en particular, ántes bien son como los prolegómenos de todos los códigos.» Convencido de ello, aunque desconfiando de mis débiles fuerzas, he emprendido este trabajo, deseoso de contribuir en algo a los propósitos de la Facultad de Leyes, la cual, penetrada de la importancia de las disposiciones de ese título, designó el año último como tema para el certamen anual un comentario de sus cinco primeros artículos.

I.

«La costumbre no constituye derecho sino en los casos en que la lei se remite a ella»: tal es la disposicion literal de ese artículo 2.º, disposicion atrevida que vino a echar por tierra, entre nosotros, en punto a derecho consuetudinario, a la lejislacion romana, a la canónica, a la de Partidas i demas leyes españolas que nos rejian. Esas lejislaciones no solo admitian la costumbre que los jurisconsultos llaman *secundum legem* i *extra legem*, sino aun la costumbre *contra legem*, bien que con ciertas i graves limitaciones.

La lei romana, efectivamente, reconociendo un derecho escrito—obra del lejislador—i un derecho no escrito—establecido por la costumbre o el pretor—daba al segundo, cualquiera

que fuese su orijen, tal fuerza que no solo lo autorizaba para resolver casos no decididos especialmente por el lejislador e interpretar los dudosos, sino hasta para derogar las disposiciones mismas de la potestad lejisladora.

El derecho canónico siguió la doctrina romana i la conserva hasta el presente. El decreto de Graciano define la costumbre: «*Jus quoddam moribus institutum, quod pro lege suscipitur, ubi deficit lex*», i Lancelot en sus *Instituciones* se espresa así: «En aquellas cosas en que nada de cierto estatuyó la Escritura Santa, se ha de tener por lei de Dios la costumbre del pueblo, castigándose a los quebrantadores de la costumbre eclesiástica como a los que infrinjen la lei divina; i esta es la opinion i el uso constante en materia canónica. Mas aun, es evidente que ha habido i hai en la Iglesia usos particulares segun la diversidad de paises i de civilizacion i que esos usos son verdaderas leyes.

Las Partidas adoptaron la teoría romana como puede verse en las cinco primeras leyes del título II de la Partida I. Pero la Novísima Recopilacion restringió su latitud, limitándola a solo las costumbres *secundum legem* i *extra legem*.

El código frances, al cual ha seguido mas de cerca el nuestro, cortó de un golpe este sistema vijente hasta entónces en Francia, que en cierto modo anarquiza la lei i puede llegar a destruir las mas sabias i necesarias para la mejora de los individuos i el adelanto i progreso de las naciones, i, disponiendo que la costumbre no tuviese fuerza legal alguna, su precepto divulgado en Francia, fué a hacer eco en las lejislaciones de los demas paises civilizados.

Nuestro Código civil tambien proscribió la costumbre, i solo dejó en vigor aquella a la cual la lei espresamente se refiere.

Nos proponemos examinar una ardua cuestion:—¿Anduvo acertado el código civil chileno desechando la costumbre?—Sin duda, respondemos desde luego i no podia por ménos ya que hubiera de adelantar en la ciencia legal i

pedir la paz al marques de Baides, gobernador de Chile.

El padre Ovalle es el único que refiere estos milagros; todos los cronistas siguientes conocieron la obra impresa del jesuita i ninguno lo copió en el particular, ninguno mencionó los tales prodijios: luego ninguno prestó fé a esas patrañas.

Solo nos quedan por examinar el milagro que, segun refieren los cronistas, acació en la batalla de Concepcion i los comprendidos en el número 11 de mi enumeracion. Hemos visto los prodijios en que no creyeron nuestros antepasados; los que debemos estudiar en seguida fueron creidos por ellos.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

DOS POETAS DE PONCHO:

BERNARDINO GALLARDO I JUAN MORALES.

(Conclusion.)

Hemos citado largamente i aun a riesgo de abusar de la paciencia de los lectores. Vamos a permitirnos, para concluir con el primero de nuestros dos poetas de poncho, citar todavia un romance erótico-alegórico, que en su jénero se asemeja algun tanto al primero que copiamos al empezar estos apuntes con el título de *Celos de la lora al lora*.

Por cansadas que las citas que vamos haciendo puedan parecer, hacerlas fué el principal objeto que nos propusimos al escribir el presente artículo. Tratándose de poetas cuyas obras corran impresas en libros i revistas, las citas no son e-enciales: el que desee leerlas para apreciar el juicio del bibliógrafo, sabedonde ha de encontrar lo que necesita. Con las obras de los poetas de poncho no sucede eso; porque si es verdad que ellas se han dado a la e-tampa, es difficilísimo, por no decir de todo punto imposible, consultarlas. Tal es el motivo que hemos tenido para ir dando muestras de los diversos jéneros en que Gallardo se ha ejercitado: tal es la consideracion que nos mueve a citar todavia una mas ántes de despedirnos de él, para escribir un párrafo sobre su colega i émulo Juan Morales:

LA PALOMA INGRATA.

*En el centro de mi pecho,
Una palomita crió;
Luego que se vió con alas
Suspendió el vuelo i se fué.*

A esta palomita bella
La visitaba un palomo,
I un dia, sin saber como,
Voló i se me fué con ella;
Como no dejó ni huella
En llanto quedé deshecho:
Lloro con justo derecho
De ver cómo me pagó,
Despues que se alimentó
En el centro de mi pecho.

Al otro dia temprano
Madrugué i salí a buscarla;
No fué posible encontrarla
Ni en el mas tupido llano:
Corrí los montes en vano,
Ninguna noticia hallé.
Volví contemplando que
Mas no habia de salir.
Para tener que sentir
Una palomita crié.

Al hallarse desplumada,
Era con su dueño amante,
Mui humilde, mui constante
I digna de ser amada:
Volvió a su pluma dorada
I adornó de ricas galas;
Tomó precauciones malas
Sin pensar en el engaño.
Abandonó su rebaño
Luego que se vió con alas.

Al fin de tanto cuidado
Que para criarla tuve,
Desapareció cual nube
El dia ménos pensado;
Penoso i desconsolado
Desde aquella hora quedé,
Ultimamente no sé
A dónde pára o existe;
Para dejarme mas triste
Suspendió el vuelo i se fué.

Señores, no hagan empeño
A criar tales palomitas.
Eu estando grandecitas
Ya se van con otro dueño.
Yo no pensaba ni en sueño
Que mi palomita hermosa,
Tras de ser tan cuidadosa,
En un descuido voló.
Para siempre i me dejó
Con mi alma triste i pensosa.

VII.

Vamos ahora a Juan Morales, quien no nos ofrecerá asunto mas que para unas cuantas pájinas. En efecto hai entre Gallardo i Morales una distancia enorme; i aun quando no falten datos para creer que este último miraría (no podemos decir mira por una razon en que lue-

go se verá) por sobre el hombro al primero, es lo cierto que toda comparacion sería injusta si es que fuese posible.

Morales tendrá diez o quince años menos que Gallardo.

La única vez que lo hemos visto ha sido en la oficina de *El Independiente*, a donde habia ido a tratar la impresion de algunas de sus coplas. Su moreno semblante parece velado con esa sombra de vaga melancolía que es el distintivo de los ciegos; i en sus labios anda asomada siempre una triste sonrisa. Guialo de ordinario un mozo que le presta, mediante un salario convenido, los servicios de lazarillo, de escribiente i de vendedor de sus composiciones poéticas. Así es que cuando se trata de componer Morales dicta i el secretario escribe, i cuando se trata de corregir las pruebas, éste lee i aquel oye con la mas profunda atencion para dar a sus coplas la última mano.

Recordando aquel ejemplo de la Gramática latina que dice mas o ménos *Nunquam poeta nec orator fuit qui ullum majorem quam se arbitraretur*, i deseosos de comprobar su exactitud en lo que podríamos llamar dos poetas en bruto, movimos al ciego la conversacion sobre su compañero i émulo Bernardino Gallardo. Le hicimos saber que habíamos reunido sus poesías con el propósito de escribir acerca de ellas un artículo, i agregamos que con la mas viva satisfaccion asociaríamos en ese artículo su nombre al de aquel.

Morales dió inmediatamente órden a su lazarillo de poner en nuestras manos las coplas que llevaba consigo, i nos prometió enviar a la mayor brevedad las demas. Despues guardó silencio. No duró este mas de un instante, sin embargo, porque tomando la palabra su secretario, dijo con notable satisfaccion lo que un sentimiento de modestia impedia revelar al interpelado.

«Gallardo, nos aseguró aquel entre *falte*, lazarillo i escribiente, es un poeta vulgar, un *payador* que tiene mal oído, i que desconoce las reglas del arte. Fuera de su inmoralidad, es chavacano, ignora la mitología i no tiene ni noticia siquiera de los grandes maestros. En sus romances relijiosos llega con frecuencia a escribir herejías, porque es un hombre que, satisfecho con leer los diarios, que compra numerito por numerito, no se da el trabajo de estudiar buenos libros ni de asistir a las funciones relijiosas para instruirse.»

«Morales, agregó, no ha compuesto tanto; pero sus romances tienen armonía i están fraguados segun las reglas del arte. Tiene un oído tan fino, que con solo escuchar la lectura de un verso sabe decir en el momento, i sin contar las sílabas, si le falta o le sobra alguna. Está siempre al corriente de los nombres de los oradores sagrados que predicán en todas las iglesias, i oye con muchísimo interés sus sermones. Tiene ademas una prodijiosa memoria

para retener lo que oye leer o decir; i a medida que va dictando sus versos los va guardando en la imaginación; pues concluir el último i comenzar otra vez por el primero para ir recitándolos todos sin turbarse es todo uno. Ahora en cuanto a libros, Morales tiene en su cuarto hasta una docena. Opúsculos de propaganda relijiosa, una gramática, el *Mensajero del pueblo*, i sobre todo, el *Año cristiano* (*Flos sanctorum*) i el *Catecismo explicado*. En resumen, Gallardo es un payador, que compone versos sin son ni ton, mientras que Morales compone los suyos ajustándose a las reglas de la poesía.»

Mas o ménos, fué eso lo que nos contestó por su maestro el secretario de Juan Morales, con un tono que, apesar de su vehemencia, nos dejó perplejos, no sabiendo si atribuir aquel calor a admiración sincera o a interesada cortesania.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que el maestro escuchó aquellas invectivas contra su rival i aquellos elogios a quemar ropa en el mas profundo silencio i la imposibilidad mas completa; silencio e imposibilidad que, a no estar nosotros equivocados, indicaban la aprobacion completa que el ciego i reservado trovador se dignaba acordar a las palabras de su despercudido lazarillo.

¿Qué hai de verdad, empero, en el fondo de aquel juicio? Mui poco, desgraciadamente; tan poco como suele encontrarse en los juicios que el amor propio forma i que los cortesanos metidos a críticos repiten i exajeran.

Morales será tan instruido como se quiera, puede tener una memoria tan maravillosa como la que tuvo Artajérjes Memnon; pero con todo eso es mucho ménos poeta que Gallardo; i es ménos poeta porque es mas pretencioso, i por lo mismo que hace esfuerzos continuos por salir del mundo en que vive, que es el que conoce i que apesar de sus miserias es para los hombres de su condicion la única fuente de fresca i de orijinal poesia.

¿Cómo comparar, por ejemplo, no diremos ya *Los celos de la lora al loro*, pero la *Ejecucion de Pedro Madrid*, ¡*A las calduditas, mi alma!* u otros romances semejantes de Gallardo, con el siguiente de Morales que tiene por título: *Breve compendio de la vida de San Agustin?*

*San Agustin alcanzó
Una feliz conversion:
Confundiendo la herejía
Se hizo un célebre doctor.*

Fué San Agustin, se cree,
Jentil ántes de ser santo,
El cual vivió tiempo tanto
Mui aparte de la fé.
Mientras que pagano fué
A extremo se pervitió,
Hasta que Dios le sacó
Del estado del error:

La contrición i dolor
San Agustín alcanzó.

Se fué a un huerto apresurado
I allí lloró amargamente,
Sus ojos fueron torrente
Del puro llanto anegado,
Hasta que vió fulminado
De sus culpas el perdon;
Inspiró en su corazón
Dios los dones de la gracia,
I logró con eficacia
Una feliz conversión.

Ejerció con vivo celo
Las prácticas de piedad,
Pues la fé i la caridad
Eran su único consuelo.
Tuvo los dones del cielo
De ciencia i sal iduria;
Muchas almas convertía
En las partes donde andaba;
Solo se preocupaba
Confundiendo la herejía.

A muchos pueblos perdidos
Los sacó de sus estráivos,
Discutía con los sabios
I filósofos impíos,
Dejándolos confundidos,
Llenos de asombro i terror;
Esparcíó con esplendor
De la Iglesia el fruto ameno,
Por su entendimiento pleno
Se hizo un célebre doctor.

Al fin, progresó bastante
Este varón apostólico;
Nuestro símbolo católico
En defender fué constante,
Saliendo en todo triunfante
Con su inspirada moral.
En Hipona, ciudad tal,
El recibió el obispado,
I hecho obispo, fué elevado
A la silla episcopal.

No hai ahí ni gracia, ni verdad, ni sentimiento; en una palabra, ni una chispa de poesía.

El instinto de nuestro pueblo no se ha engañado en sus preferencias. Sin dejarse llevar de la novedad ha seguido pidiendo coplas i mas coplas a su viejo romancero, cuya estrella léjos de apagarse con la aparición de un rival, parece haber cobrado nuevo brillo. La cocinera i el peon, i la verdulera i el cargador, no han rehusado sus centavos al poeta ciego; pero continúan buscando con mas entusiasmo que nunca las producciones del poeta tuerto.

Esa preferencia es como un dardo que Morales lleva clavado en el corazón. Probablemente acusa en su interior a su público de ignorante i grosero; i sin duda ninguna su ri-

val le parece muy inferior a la fama de que goza i a las ganancias que realiza.

El romance siguiente es una invectiva en toda forma. Se titula *Juicio crítico contra los poetas*, i en buena verdad debería titularse: *Una tunda a Gallardo*:

*Requiere la poesía
Arreglo gramatical,
Un don sobrenatural,
Un buen gusto i armonía.*

Contra varios rimadores
Hablo, según mi opinión,
Que por falta de instrucción
Han sido hechos acreedores
De los mas graves errores,
Como se ve en nuestros días.
Es preciso que por guía
Se ponga el divino Homero,
Porque perfección i esmero
Requiere la poesía.

El que nada ha progresado
Para el arte no es propicio,
I por un prudente juicio,
Este será re; rochado.
¡Ah! del que vive abismado
En una ignorancia igual!
Una voz fundamental
Dice en la regla prescrita:
Toda estrofa necesita
Arreglo gramatical.

Hai poetas que fujitivos
Viven de estas persuasiones,
En cuyas composiciones
Dividen los sustantivos,
Muchos de los adjetivos.
Este error llega a ser tal,
Que mancha un cuadro moral:
Luego de aquí se colige
Que la poesía exige
Un don sobrenatural.

Este don ha consistido
No solo en el bien rimar,
Sino también en pintar
Los cuadros como es debido:
Cada cual debe ir nutrido
Con las voces de hidalguía;
Siempre en la Mitología
Se apoyará cualquier tema,
Para que tenga el poema
Un buen gusto i armonía.

Al fin, hago esta censura,
Sobre el que ignorante vive,
Por la regla que prescribe
La bella literatura,
Grata, dulce, suave i pura;
Pero añadiendo en tal caso
Que a Virjilio i Garcilaso
I a otros mas ha de estudiar
Aquel que quiera llegar
A la cumbre del parnaso.

Por si acaso las líneas que acabamos de escribir llegasen a ser leídas por los poetas que nos las han sujerido con sus singulares producciones, vamos a terminar dáduoles dos consejos que pueden serles útiles: el uno referente a la forma i al fondo el otro.

Déjense de décimas con pié forzado, porque miéntas insistan en la manía de trazar ese círculo para jirar dentro de él como un jinete de circo, no les será dable alcanzar aquella soltura i espontánea i graciosa naturalidad, sin las cuales puede haber dificultades vencidas, pero no habrá jamas ni bellezas alcanzadas, ni corazones dulcemente impresionados.

La forma que conviene a nuestros poetas de poncho es el romanceo, es decir, la forma clásica de la poesía popular española. En hora buena que se tenga *El año cristiano* en la silla mas inmediata a la cabecera de la cama, i que cada noche se lea, i se medite i haga el propósito de imitar la vida del Santo del día; mas deséchese como una mala tentacion la idea de ir a buscar allí argumentos de poesía popular.

Esos argumentos (i éste es el consejo relativo al fondo que deseamos dar a nuestros dos poetas, se encuentran donde quiera que el pueblo se reuna, i trate de sus negocios, de sus sentimientos o de sus placeres: en la plaza de abastos, en los conventillos, en las *canchas* de bolas, en las fondas de la *pampa*, en los hospitales, en las procesiones, en las trillas, en los rodeos, en los *mingaos* etc., etc.

Observad bien a vuestros hermanos, diremos para concluir a nuestros poetas de poncho, en todas las circunstancias de su vida: escuchad como hablan, mirad como se mueven, penetrad en su interior, i sorprendiendo las causas de sus pesares i de sus alegrías, haced los intérpretes fieles de éstas i de aquellos, olvidándoos de la eterna cuarteta i de los malditos piés forzados, i leyendo ántes de ponerlos a escribir una página del *Tesoro de romanceros* españoles, coleccionados por don Eujenio de Ochoa.

Setiembre 5 de 1873.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

AMORES DE LA TIERRA.

I.

Es alta noche: la luna
Brilla en el cielo azulado,
Reina silencio profundo
De melancólico encanto,

Naturaleza cansada
Duerme del sueño en los brazos:
Duerme! porque es insensible
A los dolores humanos!

No duermen, nó, los que sufren!
Ni el guerrero infortunado
Que sale a lidiar mañana,
Preso hoy de amorosos lazos;

Ni la mujer hechicera
Que le dá, bañada en llanto,
Su triste adiós, el postrero
Talvez que arrancan sus labios.

Vedlos: él está de pié
Sosteniendo entre sus brazos
Con infinita ternura
A su dueño dulce i caro;

Ella reclina su frente
Sobre el pecho acongojado
Del jóven, sueltas las hebras
De sus rizos perfumados.

La luna hiere de lleno
El noble semblante pálido
Del guerrero: hai en sus ojos
La altivez del hombre honrado.

No puede mentir ese hombre
Que lleva en su porte franco
El sello de la grandeza
Que se alimenta en su ánimo!

No puede mentir! No miente
Cuando, hecha el alma pedazos,
Jura a su adorado dueño
Amor eterno i sagrado!

—«Pasará el tiempo, la dice,
En rauda, inconstante vuelo;
Pero, tú, luz de mi cielo,
Tú, mi bien, no pasarás!
Unida mi alma a tu alma,
Tu destino a mi destino,
Serás el ánjel divino
De mi amor i mi amistad!»—

Como la tórtola tierna
Sobre las hojas de un árbol
Se esconde en noches de invierno
Abrigo en ellas buscando,

Así la hermosa se oculta
Entre los amantes brazos;
I llora..... I hablan sus lágrimas
Porque no pueden sus labios!

II.

Ella adoraba al guerrero:
Le dió de amor muchas pruebas,
Cien veces i mil juróle
Constancia dulce i perpétua.